

Mujeres

Escrito por Edna Rueda Abrahams

Sábado, 15 de Junio de 2019 05:17 - Última actualización Sábado, 15 de Junio de 2019 08:32



Si yo le contara que Paul Lengevin, un joven casado y prometedor físico austriaco empezó en 1910 un romance con una mujer viuda, algo mayor e incomparablemente inteligente, probablemente usted tomaría esa información con un guiño de aceptación, los más rígidos protestarían por la intromisión en el matrimonio preexistente, pero ninguno desacreditaría con ese argumento su tesis sobre gases ionizados.

No lo detendría cuando escaló la Torre Eiffel en busca del aire más puro para estudiar las corrientes eléctricas en la atmósfera, ni impediría que fuera elegido al College de France y la Academie des Sciences.

Sin embargo, la misma historia sería diferente para su cómplice en el crimen, la viuda no gozaría de la buena mirada de la sociedad física y del comité del premio nobel, incluso si ya se hubiese ganado uno, incluso si era Marie Curie. El escándalo rodeando los descubrimientos radioactivos, se basaba en el cuerpo de quien, para ese momento, ostentaba el cerebro más precioso del planeta.

Históricamente es así, el cuerpo femenino es parte de las posesiones colectivas de los hombres y de la sociedad. A cuenta de que se garantizara el linaje, la línea sucesoria, el cuerpo de la mujer se incluyó entre los bienes y se volvió intercambiable. Se hizo botín de guerra, conquista, propiedad, posesión y como a un objeto se le da valor en cuanto a su uso, su abuso, su novedad o su lozanía.

Dependiendo de la sociedad donde se mueva, puede ser delito mostrar el tobillo, las manos, la boca o el torso: cada comunidad le da valor distinto a las partes cuerpo de la mujer, basándose en un sistema de creencias que, por ejemplo, para occidente, nace en la 'falta' de una hembra. Y si su exposición es vista como impúdica, la expresión de sus emociones esta aún más

Mujeres

Escrito por Edna Rueda Abrahams

Sábado, 15 de Junio de 2019 05:17 - Última actualización Sábado, 15 de Junio de 2019 08:32

condenada: a la ira de la mujer se le llamó histeria (Hysterus: útero), la sensibilidad es calificada como debilidad y el gozo del cuerpo es pecado.

Por eso es el arma lógica cuando se busca rebajar el valor intrínseco de un ser humano –que de casualidad es mujer– que aluda a su historia como objeto usado, se habla de ella como una mercancía, que, al fondo de la bodega, muestra las marcas de sus antecedentes, una exposición parecida a la venta de un esclavo que muestra sus dientes para demostrar salud.

Las mujeres tenemos que justificar nuestro pasado –o nuestro presente– para que las teorías que defendemos sean acreditadas, para que nuestros avales sean tomados en cuenta, y aun en muchos casos, la última garantía es el brazo de uno que acredite nuestra moral... Y, desde luego, es aún más triste que otras mujeres usen esas explicaciones para elevar su propio estatus.

En un territorio que ya le ha dicho NO a los plásticos de único uso, ¿no es pertinente que se le diga también NO al descredito de la mitad de su población basado en los conceptos suscritos en las cavernas?